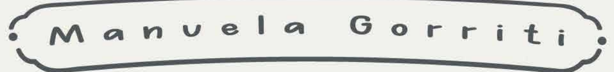
MANUELA GORRITI

# EL ÁNGEL CAÍDO







EL ÁNGEL CAÍDO

Manuela Gorriti

# El ángel caído



**Manuela Gorriti**

Juana Manuela Gorriti, escritora argentina, nació en Rosario de la Frontera, Buenos Aires, el 15 de junio de 1818. Es reconocida por algunos críticos como precursora de la narrativa fantástica en Argentina.

Posee una gran variedad de obras, entre ellas textos biográficos, ensayos, cuentos y novelas. Estas últimas fueron publicadas por entregas en los suplementos de revistas peruanas (*El Liberal*, *Iris* y *La Revista de Lima*) y argentinas (*Revista del Paraná* y *La Revista de Buenos Aires*), así como reproducidas en diarios de Chile, Colombia, Ecuador, Madrid y París. Entre sus escritos destacan la novela *La quena* (1845); *Peregrinaciones de un alma triste* (1875), novela incluida en una colección de dos volúmenes titulada *Panorama de la vida* (1876); el compendio de cuentos y novelas *Sueños y Realidades* (1865); *Misceláneas* (1878); la colección de cuentos, leyendas, artículos y memorias *El mundo de los recuerdos* (1886); *Oasis* (1888); *Tierra natal* (1889); *Lo íntimo* (1893) y el libro de recetas culinarias *Cocina Ecléctica* (1899). En Lima, en 1874, junto a Numa Pompillo Yona, fundó el periódico *La Alborada de Lima*. Asimismo, inició una serie de veladas literarias en las que se congregaban diversos escritores reconocidos como Ricardo Palma, Clorinda Matto, Mercedes Cabello, Carolina Freyre, Juana Manuela Lazo de Eléspuro, entre otros.

Después de realizar diversas publicaciones y sumergirse en el ámbito literario, Gorriti fallece el 6 de noviembre de 1892 en Argentina.

***El ángel caído***
Manuela Gorriti

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por laMunicipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

## Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

*EL ÁNGEL CAÍDO*

# I

## CIENTO CONTRA UNO

El radiante diciembre de 1824 tocaba a su fin. Lima, coronada de gloria, saboreaba con delicia la luna de miel de la libertad.

Era la última noche de Navidad, noche de paseo en el mundo encantado de los *nacimientos* y de dulce *far orient* bajo el rayo de la luna, al murmullo del río y al halago de la brisa, en los óvalos del puente.

En aquel tiempo, para esos nocturnos paseos, las poéticas hijas del Rímac vestían blancas ropas y soltaban a la espalda sus negros cabellos sembrándolos de aroma y jazmines que dejaban en pos suya raudales de perfumes.

¡Ah! ¿Por qué han cambiado los blancos cendales de la falda por el negro manto de la dueña? ¿Por qué oculta los lustrosos rizos de su cabellera bajo las alas de la espantosa gorra?

¿Por qué? ¡Ah!... porque ahora tienen esposos británicos que condenan su donaire con una áspera interjección (¡*shame!*) y que apellidan *Lewdness* la gracia encantadora que recibieron de Dios.

Ahora, al mirarlas pasar sobre el asfalto de nuestras calles, llevando, tiesas y erguidas, el rígido paso del *englishman*, quien no viera radiar sus ojos, no sabría distinguirlas de las nevadas hijas de Albión.

¿Han perdido su poesía?

No: las envuelve la prosaica atmósfera de sus maridos.

¡Paciencia! Y volvamos a la noche de Navidad.

Aquella noche la afluencia de paseantes se dirigió a la calle del Ancla, agrupándose allí entre empellones y codazos, por el solo placer de ver a las hermosas mujeres que bajaban sucesivamente de una larga hilera de carruajes estacionados delante de una casa.

Aquella casa, sobre cuyo sitio se eleva hoy el palacio de un magnate, reunía cada semana los más escogidos

de la brillante sociedad de aquella época, en una fiesta bautizada con el eufónico nombre de *Filarmónica*.

Al leer esta palabra, muchas limeñas que, bellas aún, hacen el encanto de nuestros salones, verán cruzar por su mente los mágicos recuerdos de esas noches de espléndidos triunfos para su belleza, que libre entonces de los ridículos caprichos con que la moda actual la desfigura, ostentaban altamente cada una de sus perfecciones a los ojos de sus admiradores.

Los cabellos que, alzándose cual cuernos de carnero sobre la frente de nuestras bellas, dan a su lindo rostro un aire grotescamente asestado, convertidos entonces en millares de trasparentes rizos, y fijados con alfileres de brillantes a la altura de los ojos, dejaban ver en todo su esplendor la hermosura de la frente, y descendían flexibles y móviles sobre el cuello admirable que Dios puso con amor sobre sus blancos hombros; y que sin presentir aún la maldita prisión que ha por nombre *camisolín*, adornaba su voluptuosa desnudez con dobles hileras de perlas. Y los pies, en fin, esos pies de finura y pequeñez proverbiales que hoy cubre despiadada la hueca y acerada armazón de nuestras

largas faldas, libres de todo envidioso velo, podían abandonarse con toda su ligereza a los graciosos giros de la danza, sin temer ningún enfadoso accidente.

Aquella noche las limeñas tenían un motivo más para mostrarse doblemente seductoras.

Era preciso fascinar a un admirador de nueva especie. Se trataba de un sectario de Mahoma, uno de esos jueces clásicos de la belleza que emplea su vida en analizarla con todos los caprichosos refinamientos de una imaginación desocupada.

Mahomet-Alí era un hermoso mancebo, hijo del rey de Túnez. Al viajar de incógnito en un buque de su propiedad, quizá con miras un tanto corsarias, sufrió un naufragio y fue conducido a nuestras playas por una fragata inglesa que lo auxilió tomándolo a su bordo con su tripulación y sus tesoros.

Antes de proseguir su viaje, el africano esperaba con ansia la ocasión de aquella fiesta para contemplar de cerca a las hijas del Rímac, cuya belleza había oído celebrar en las fantásticas consejas de los cautivos, allá bajo las palmeras de su lejana patria.

La ardiente curiosidad del tunecino puso en alarma la coquetería limeña; y si este mal instinto de la mujer, tan combatido y tan adorado, puede tener excusa alguna vez, era sin duda en una ocasión como aquella, en que el honor nacional estaba en cierto modo comprometido. Era necesario probar que Lima era en efecto el país de las mujeres hermosas.

Por eso, aquella noche, al separarse de su espejo, cada una ensayó su más fascinadora mirada, su más dulce sonrisa, su más picante actitud; y todas, radiantes de esperanza, aguzaban aisladamente sus tremendas armas para lanzarlas a la vez sobre el príncipe africano, que exento de todo temor y enteramente confiado en el poder de su alfanje, no sospechaba siquiera el de las negras miradas que iban a asaltarlo, y fumaba indolentemente su pipa recostado en mullidos cojines bajo un emparrado de la posada Denuelles, mientras llegaba la hora en que el capitán de la fragata que lo había traído lo presentara en los salones de la Filarmónica.

En tanto, al ruido de la fiesta, los grupos se aumentaban de minuto en minuto; y muy luego la

calle del Ancla se llenó de una inmensa muchedumbre compuesta de todas las clases sociales, desde los elevados círculos de la aristocracia hasta la hez de las masas populares.

Nada hay más triste que el aspecto de la multitud; porque en ninguna parte se lee con caracteres más profundos esa dolencia perpetua de la humanidad que deplora el Sagrado Libro. Cada rostro es una letra, parte integrante de esa palabra fatal: «¡Dolor!».

Pero era noche, y su sombra cubría igualmente la sonrisa de hiel con que la noble dama criticaba a sus rivales; las amargas lágrimas de la pobre costurera viendo a una linda señora dar el brazo al bello caballero que en casa de sus patronas la había sonreído furtivamente la víspera; la rabia impotente del amante no convidado que divisaba a su amada entrando con otro en el santuario de la fiesta, y el lastimero gesto del mendigo, excluido de todo goce, aun del goce amargo de los celos.

—¡Qué hermosa mujer!

—¡Soberbia!

—¡Admirable!

—¿Quién es esta maravillosa belleza?

—¡Qué! ¿no conoces a Carmen Montelar?

—Aquí está la linda sobrina, la rica heredera de la condesa de Peña-Blanca.

—Ahí va la idea fija de Monteagudo.

—He ahí el lirio de la calle de San José.

Esta salva de aclamaciones resonó por todas partes al paso de una joven que, vestida magníficamente de gasa argentada y ceñida la frente de una guirnalda de perlas, bajó de su calesa seguida de una esclava negra; tomando el brazo de un apuesto mancebo que parecía esperarla, entró en la casa del baile.

Aquella joven era, en efecto, maravillosamente bella, y se asemejaba al lirio en su talle esbelto y en la mate blancura de su frente griega, sembrada de rizos negros de limeña. El fulgor de las estrellas resplandecía en sus ojos. Pero aquel fulgor, tornándose a veces

sombrío, presagiaba al corazón de la joven terribles tempestades que parecía desafiar la coqueta sonrisa de su voluptuoso labio.

A su entrada en el salón, la joven esclava quitó de los desnudos hombros de su señora una mantilla de punto bordada de arabescos de oro; la dio el ramillete de violetas que traía guardado en una cazoleta, y volviendo afuera buscó en las grandes rejas que se abrían sobre el jardín un sitio para ver la fiesta.

Se hallaban allí reunidas las esclavas que, como ella, habían acompañado a sus amas al baile; y agrupadas en actitudes diversas, reían y charlaban con la picante audacia de las mujeres de su raza.

—Mira niña —decía una— ahí viene Rita, la hermana de Andrés, el engreído cimarrón de la condesa de Peña-Blanca.

—¿Viene? Sí, ¡cómo no! Espérala sentada. Ella también está engreída.

—¿Por qué? ¡Gua! ¡La hermana de un asesino que por huir de la justicia se ha hecho ladrón de caminos!

—¡Qué importa eso para ella, cuando el señor Monteagudo la detiene en la calle para hablarla por lo bajo!

—No de ella, sino de la *blanca*.

—Mi señorita decía el otro día que los desdenes de la niña Carmencita harían pagar a Monteagudo las hechas y por hacer.

—¡Bah!, las blancas son muy hipócritas; su boca dice: «no quiero», y sus ojos dicen: «¡ven!».

—¡Ave María! ¡Qué mala eres! Si esta mañana no más cuando iba a la inquisición a comprar flores para la bella Irene que está encerrada hace un mes por el capitán, encontré a ño Tomás, el cocinero de la condesa, y me contó cómo la niña Carmen se burla de Monteagudo, de su amor y de sus cartas, que dice estarán tan corregidas como sus documentos ministeriales.

—¿Qué documentos? Si él no es ya nada en el gobierno.

—¡Qué cándida! Así, así lo dirige todo. Si es el ojo derecho del Libertador.

—¡Ay!, hija, pues entonces cuidado con el sillón.

—¿Pero acaso es eso cierto?

—¡Vaya que no! Pues si apenas hace un mes que la pobre niña Rosita, que fue a pedir por su padre, volvió a casa como una loca, llorando a más no poder; y el mismo día que ponían al señor en libertad, ella corría desolada a encerrarse en el convento.

—¡Hum! Mi mamá cuenta también que cuando vino San Martín, Monteagudo...

—Lo nombraste y ahí está.

En ese momento dos nuevos personajes entraron en el salón.

Era el uno un militar joven, alto, delgado y rubio. Su rostro era bello y expresivo, y la mirada de sus ojos pardos, suave y apasionada.

El otro era un hombre en la madurez de su edad. Su estatura mediana se elevaba por la esbeltez de sus formas hasta la bizarría. Su actitud era resuelta, su porte distinguido y arrogante. El amplio desarrollo de su frente contrastaba de una manera singular con la finura de la parte inferior de su moreno rostro. Sus rasgados ojos negros, de vivaz y profunda mirada, expresaban una seguridad que rayaba en audacia, y el aticismo chispeaba en sus arqueados labios, marcados con ese pliegue sardónico que imprime la amarga ciencia del mundo.

El traje de gala que llevaba y el calzón cerrado con hebillas de oro en lo alto de la rodilla realzaban las ventajas de su apostura.

La negra *mosquetería* de las ventanas se apoderó al momento de aquel nuevo pasto para su charla.

—Inés, Inés, ahí va el capitán Salgar.

—Es un rubio muy buen mozo.

—Por eso la niña Irene…

—¿Qué es *por eso*? ¡Pobre niña!

—Por eso está encerrada hace un mes. ¿No lo decías ahora mismo?

—Cierto. No sé qué diablos dijeron a la señora; nadie pudo averiguarlo; pero la verdad es que un día se desmayó, lloró mucho, despidió al mayordomo, cerró la puerta al capitán, y lo peor es sin decirles el porqué; encerró a la señorita, y ella, que le daba tanta libertad, no la deja ahora salir ni a misa.

—Y a fe que tiene razón. Yo siempre la vi parlando con el capitán en las naves de la Merced.

—¿A quién se lo estás diciendo? Si yo soy su confidente.

—¡Oh! La buena confidenta que viene a decirlo todo.

—¿Qué hará una? Con algo ha de entretenerse.

—Y a ti, ¿qué te hace la señora?

—¡Uf! Cuando voy a los mandados me registra hasta los zapatos. Pero ¡bah! ¡Yo no me dejo pescar! Cuando salgo en comisión, esponjo un poco mi pelo y pongo dentro las cartas. ¡Pobre señora! Gallega es, pero muy buena, y me pesa el engañarla; pero ¡vaya! ¿qué he de hacer? La niña Irene me llora y luego ese capitán la quiere tanto, ¡y es tan rico y generoso!

—¡Rico! ¡Un pobre capitán! Para rico y generoso no hay otro que Monteagudo… Y buen mozo… Mira a las blancas: se *desmorecen* por él.

—Y él, *ojo* a la Montelar…

—A todo esto, ¿qué es de Rita?

—Ahí está en esa ventana, hablando tras de las parras con un hombre disfrazado.

—¡Ay!, hija, ¿no es ese Andrés?

—¡El mismo! ¡Jesús, qué atrevimiento! ¡Pero ese muchacho no piensa en el peligro que corre entrando así de rondón por estas puertas?

—Por fortuna no está aquí la Peña-Blanca; la retiene su parálisis que, si no, su calesero celoso del pobre Andrés…

—Pero está ahí la niña Carmen. ¿Quién la ha traído? ¿No fue Lucas? Pues tanto da: si ve a Andrés, irá a decirlo a la blanca.

—Y ella que aborrece a Andrés, aunque se crio con él a los pechos de la pobre Nicolasa, que día y noche está llorando…

—¡Blanca desagradecida!

—¡Gua! ¿Qué quieres hija? Andrés mató a su enamorado.

—La Montelar nunca amó al niño Pedro González.

—Porque quiere a Monteagudo.

—Porque está amando a Salgar.

—¿Fue Andrés quien mató a González?

—¿De dónde sales tú? Si en Lima no se sabe otra

cosa. Andrés escapó de la *justicia*, ganó el monte, y anduvo capitaneando una cuadrilla por el lado de Lurín. ¿No oíste nombrar el *Rey Chico*?

—¿Ese salteador famoso que debe ya tantas muertes; que roba y quema las casas?

—Ese es Andrés.

—¡Pobre Rita! Por eso estaba tan triste.

# II

# EL REY CHICO

La joven negra, a quien sus compañeras de esclavitud llamaban Rita, había ido a sentarse a lo lejos en una ventana oculta entre el ramaje, y miraba distraída, con la mejilla apoyada en la mano, el animado y bullicioso cuadro que presentaba el salón. Parecía, en efecto, triste; y de vez en cuando pasa por sus ojos la orla de su manta, quizá para enjuagar una lágrima.

—¡Rita! —murmuró una voz en la sombra.

—¡Andrés! —exclamó ella, corriendo al encuentro de un hombre que recatándose bajo las anchas alas de un sombrero de paja apareció tras los troncos de los plátanos.

Era un negro de dieciocho a veinte años, de atrevido continente y modales caballerescos desmentidos con frecuencia por groseros arranques, que revelaban la lucha de los salvajes instintos de su raza con los blandos hábitos de una educación distinguida.

La avilantez de su porte, la insolente altanería de sus miradas, la inflexión sardónica de su voz, todo hacía adivinar en él uno de esos seres fatalmente privilegiados, que la imprevisora bondad de nuestras damas arrancaba del humilde seno de sus esclavas para mecerlos sobre sus rodillas mezclados con sus hijas en la perfumada atmósfera de los salones; y que después, arrojados de aquella dorada región por la inflexible ley de las preocupaciones sociales, volvían henchidos de odio y de rabia al círculo estrecho de su mísera esfera para llevar allí una existencia desesperada.

—Andrés, pobre hermano, ¿qué vienes a hacer aquí? La señorita está en el baile; si alguno de los que han venido con ella te ha visto, si alguien que te conozca te encuentra aquí, ¡eres perdido!

—¡Qué importa! —respondió el negro, rechazando con despego el abrazo de su hermana—. Ese día, que llegará temprano o tarde, no será peor que los que llevo desde que comencé a sentir en mi pecho un corazón y en mi mente un pensamiento.

—¡Ah! Si así hablas de la vida tú para quien fue tan risueña, ¿qué diré yo? ¿Qué dirá nuestra pobre madre?, ¿qué…?

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, ¡quieres compararme con ellas! ¿Qué habrán sufrido ustedes? ¿Salieron nunca de la condición de esclavas? ¿Nunca han descendido? Al contrario, tu madre…

—Nuestra madre.

—Y bien, ¿no fue arrancada a los horrores de la *pampa* para cambiarlos con la blanda vida de nodriza?

—¿Y tú, desgraciado?

—¡Yo! ¡Mírame!

—Sí, el Rey Chico de salteadores; pero ¿por culpa de quién? ¿Quién puso el puñal en tu mano? ¿No mataste por las ganas de matar?

—¿Qué sabes tú?

—¡Ay!, hermano. Me pesa aumentar tus penas con tardías reconvenciones; pero tu proceder fue infame. ¡Qué mal has pagado al ama el regalo en que te has criado!

—Sí, mientras pude ser su juguete, su monito.

—¡Qué ingratitud! ¡Siempre te amó con ternura y nunca hizo distinción entre las niñas y tú!

—Y después…

—Ya sé de qué vas a hablar. Si cuando ya fuiste un hombre te alejó de la mesa y del salón, tú sabes bien el motivo; la niña Manuelita, que dio en aborrecerte, no quería comer contigo, y se hizo servir en su cuarto; y las visitas que venían a la tertulia la aplaudían y te miraban de mal ojo. ¡Pobre niña Manuelita! ¡Murió, y de qué muerte! ¡Perdónala, Andrés, perdónala!

—¡Oh!, tranquilízate. Largo tiempo hace que no la debo perdón.

Y los ojos del negro centellaron en la sombra, y una sonrisa siniestra contrajo su labio.

—De todo eso y mucho más, tú solo tienes la culpa. ¿A qué ese porfiado empeño de alternar con los señores, de acercarte a las niñas? ¿Qué podías esperar de ellas? Claro está: odio y desprecio.

—Odio que yo les he pagado bien, y que les tiene que pesar eternamente.

—¡Ay, Andrés! Esa es la historia del cántaro contra la piedra. No te habría valido más resignarte con tu suerte, volver a tu condición, buscar una mujer que te amara, una mujer de tu raza…

—¡Una negra! ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¡Cuando desde que tengo memoria me encontré en los brazos de una blanca! Las caricias de una negra, ¡cuando labios de coral me besaron desde niño! ¡He vivido entre los ángeles, volvería entre los simios! ¡Quita allá, mísera esclava! Tú no puedes comprender lo que se encierra en esta alma. Lo que cobija esta mente. ¿Crees tú que me hice salteador solo por huir del castigo y por el ansia de robar oro? No, no es su oro lo que yo quiero de los blancos, no. A ellos quiero robarles su dicha, y después beber su sangre; a ellas robarles su orgullo y después beber sus lágrimas.

—¡Calla, Andrés, que me horrorizas!

—¡He ahí lo que son los negros! Raza vil que no conoce el rencor, esa llama sagrada que debe arder

eternamente en el alma del esclavo. Nunca por eso quiero ese color en mi banda.

Surcados a latigazos vienen a mí. Quien los oye entonces creería que van a comerse a toda la raza blanca y a prender fuego a este mundo.

Confiado en su rabia, les da una expedición.

Se emboscan muy resueltos en el carrizal del Callao o tras las tapias de Chorrillos. Divisan a lo lejos un coche o una cabalgata. Son gentes de tono que traen consigo oro, y además hermosas niñas.

En una pestañada los negros están listos y saltan al medio del camino.

—Alto ahí.

Los otros se detienen trémulos.

Pero ¡bah!, era su amo; y en este momento el negro lo olvida todo. Se descubre, se inclina profundamente.

—Pase su merced, mi amo, que su negro aunque salteador, ha de ser siempre su esclavo.

Y deja pasar sano y salvo al amo que hizo despedazar sus carnes en una panadería. ¡Menguados!.

—Al menos, aunque malos, se acuerdan de que son cristianos y perdonan las injurias. Tal harías tú también si una mala educación no hubiera torcido tu buen natural.

—¿Yo? ¡Ah! Los que me ultrajaron nunca quedaron impunes. Mucho he hecho ya; pero eso ha sido la parte amarga de la venganza de Andrés, réstale la dulce, réstale la deliciosa. ¿Ves ese enjambre de bellezas? Una a una, todas serán mis esclavas; y cuando haya humillado su soberbia y saboreado su afrenta, las devolveré a sus novios puras, muy puras… ¡Ah!, ¡ah!

—¡Jesús! ¡Al demonio no le vendría tan horrible pensamiento!

—No, por cierto; y yo voy a darle una lección. Allá, entre las minas del antiguo Pachacámac, bajo el tupido follaje de un grupo de matorrales que crecen sobre una *huaca*, he descubierto la entrada de un palacio subterráneo, templo del sol y alcázar de las vírgenes a su culto consagradas. Yo seré el ídolo de ese santuario,

y mis sacerdotisas las blancas más orgullosas de Lima. La *temporada* se acerca. Ellas irán a Chorrillos; pero antes, todas pasarán tres noches en Pachacámac. Todo lo tengo previsto para arrebatarlas de los brazos de los suyos. Una tan solo, la más soberbia, quiero que me siga de buena gana.

—¡Ay!, Andrés, ¿quieres perderte sin remedio? Vuelve en ti, aún es tiempo, mira que…

—¡Basta! Que he venido a otra cosa que oír sermones… Ven aquí. ¿No me has dicho que tu niña no ama a Monteagudo?

—Lo repito: no lo ama.

—Y di, infame embustera, ¿qué es aquello?

—Le sonríe para encelar a Salgar.

—El capitán no la ama; si la amara ¡ay de él!

—Sí, pero él se lo hace creer, y mi pobre ama está perdida de amor.

—¿Por qué no me has obedecido? Te ordené que le avisaras...

—¡Eso!... solo que estuviera cansada de vivir o antojada de alojarme en una panadería.

—Pues escucha. Un día u otro tu desobediencia ha de costarte la vida.

—Ya sé que nada sería para ti asesinar a tu hermana. ¡Ah! ¡Cuánta razón tenía el amo!, que decía sin cesar a la señora: «La fatal educación que das a este muchacho será causa de su pérdida. Vas a hacer de él un bandido que acabará con nosotros».

—La boca que eso decía está ahora llena de tierra y no puede repetirlo.

Y en los labios del negro brilló una diabólica sonrisa.

# III

# LA VOZ DEL CORAZÓN

Mientras tanto, el baile había comenzado, y cien parejas arrebatadas en el ardiente torbellino de un vals, agitaban ondas de gasa y raudales de perfumes en torno del salón.

Carmen, la hermosa que tantos elogios recogió a su entrada, danzaba con el joven que la había acompañado.

Al ver el confiado abandono con que bailando hablaban, se habría creído que eran amantes, si en la semejanza de sus facciones no fuera fácil conocer que eran hermanos.

—Por más que digas, Gabriel —decía ella—, estás pensativo y triste ¿Falta alguien a tu alegría? Sí… ¿Lo diré? ¡Irene!

—Y bien…

—¡Oh! No lo niegues, la amas.

—¿Por qué lo negaría? ¿No es ella digna de amor?

—¿Por qué? Porque conoces que yo la aborrezco.

—¡Qué injusticia! Bella, pura y buena. ¿Quién no amaría a Irene?

—Yo la aborrezco. Es un odio que nunca pude vencer y que me atrajo humillantes penitencias cuando estudiábamos juntas en el colegio de Madama Montes. ¡Cosa extraña! La vi y la aborrecí. Nunca pude mirarla sino con airados ojos. Destrozaba mis vestidos cuando los suyos eran de la misma tela, y cuidaba con afán mis uñas solo por el placer de arañarla… ¡Qué cara pones, Gabriel! Diría que vas a llorar. Irene me tenía miedo y me llamaba la Leona. En el colegio achacaban mi odio a envidia; pero ¡bah! Yo siempre fui más linda que ella.

—Irene es bella, graciosa, espiritual, y en dulzura nadie en el mundo la iguala…

—¡Ay!... ¡Por hacer su apología me has dado un atroz pisotón! Y bien, no está aquí: vete a lamentar su ausencia, y déjame bailar con otro.

—¡Oh! —dijo el joven con melancólico acento—, tranquilízate; aun cuando aquí se encontrase, no sería yo a quien mirara, ni mis homenajes los que ella preferiría. Ignora mi amor; ama a otro, otro la ama y ese está aquí…

—¡Ama a otro! —Y Carmen palideció, y cesando bruscamente de bailar, quedó inmóvil como un escollo entre el veloz remolino que se agitaba en torno suyo—. ¡Ama a otro! ¡Otro la ama! ¿Quién es, Gabriel, quién es?

—El capitán Salgar.

—¡¡¡Felipe!!! Felipe Salgar…

—El mismo que doblando la rodilla ante la reina del baile pide la dicha de relevar a su caballero —dijo inclinándose graciosamente el bello y blondo capitán, tomando la mano de la joven.

Carmen la retiró y miró de frente a Salgar. La cólera, el dolor, el odio y el orgullo se pintaron y estallaron a la vez en ese ademán y en aquella mirada que desconcertó al capitán, quien sin embarazo insistió.

—Carmen, ¿he tenido la desgracia de desagradarla?

—No, señor mío. Al contrario, pretendo probar a Ud. que soy superior a todos los *desagrados*.

—Entonces pruébelo Ud. concediéndome este vals.

—¿Qué trama aquí contra mí la bella Carmen? —dijo de pronto, acercándose al grupo, el apuesto caballero que llegó con el capitán.

Carmen cambió súbitamente la expresión de su semblante; y volviéndose a él con coqueta sonrisa:

—Tramo una conjuración —repuso, abandonando su mano—, digo a Salgar que este vals se llama *El vals de Monteagudo*, y que quiero bailarlo con él.

—¡Oh! —exclamó Monteagudo, arrebatándola en sus brazos y mezclándose al danzante círculo—, ¡bendito sea el gracioso compositor que me dedicó este vals! De hoy más, debe llamarlo *La dicha de Monteagudo*.

—Yo creía —dijo Carmen riendo—, yo creía tan sublime la dicha de Monteagudo, que como la

ambrosía de los dioses, ningún mortal podría probarla sin morir. Mas he aquí más de cientos que la parten con él y están vivos, y saltan a más no poder.

—¡Ah! —replicó él, fijando en los ojos de Carmen sus bellos y atrevidos ojos negros— bailará Ud. con los cientos; pero ¿dará a ninguno el fuego que en este momento envían a mi corazón esas luminosas pupilas? Amor, cólera, odio, cualquiera que sea la pasión que las enciende, nunca alumbraron a nadie con tan ardiente fulgor.

—Si hasta ese punto es Ud. contentadizo, nada tengo que decir, sino que apruebo el nombre nuevo que quiere dar a su vals.

Monteagudo se mordió el labio, pero replicó al momento, tendiendo en torno una soberbia mirada:

—¿No es cierto que está bien en el que lleva una vida azarosa el pedir poco al amor? En cuanto a mí, yo nunca lo importuné —Llegó la vez a Carmen de morderse el labio—. Solo que —continúo él— como es un espíritu de contradicción, fue siempre para conmigo en extremo generoso.

Los ojos de muchas hermosas fijos en él con el celoso afán atestiguaban la verdad de esa aserción, y Carmen misma, contemplando entonces por vez primera a aquel hombre dotado de tan prestigiosa belleza, y ceñido con la doble aureola del genio y del poder, se sintió poseída de admiración. Si no hubiera estado celosa de Salgar, desde esa hora habría amado a Monteagudo.

¡Ay! ¡Cuántas veces así, pasamos al lado de un astro, siguiendo la pálida luz de una luciérnaga!

Así también, en ese momento más que nunca, poseía Felipe el alma de Carmen, porque la ligaban a él los celos, ese lazo *duro como el infierno*, castigo y estímulo de los soberbios; y si antes amó a Salgar con todo el ardor de su corazón, ahora lo amaba con toda la rabia de su orgullo humillado.

Y queriendo devolver el tormento que sufría, se reclinaba en el brazo de Monteagudo, y le sonreía dulcemente, y fingía hablarle en voz baja.

Olvidaba, como olvidan las coquetas, que solo quien ama siente celos; y que no hay indiferencia tan profunda como la indiferencia que sigue al amor.

Por eso tembló de cólera cuando, buscando a Salgar su furtiva mirada, lo encontró, y en vez de enojado por la ofensiva preferencia que había dado a otro, reía indolente y festivo entre un alegre círculo del chasco solemne que la falange femenina había llevado aquella noche.

Era el caso que el príncipe tunecino tan ardientemente esperado había llegado al fin, conducido por el capitán inglés; y, atravesando el salón en medio de lisonjeros murmullos, fue presentado a la señora de la casa, que lo recibió con la dulce acogida que nuestras damas acuerdan a los extranjeros. Tomó su mano con fraternal ademán y, mezclándose a los grupos, le presentó las jóvenes más hermosas de Lima, quienes a su vez le prodigaron sus más suaves miradas, sus más luminosas sonrisas.

—Tú, que eres del país de los amores ardientes —le había dicho la graciosa patrona de la fiesta, devolviendo con donaire el oriental tuteo del príncipe—, tú, cuyos abuelos enseñaron a los maestros el culto de la belleza, ¿qué dices de la que resplandece en las hijas de este suelo?

—Su rostro es dulce como el rayo de la luna —respondió el africano— y sus ojos tienen a la vez la luz que brilla en las divinas pupilas de Uriel y la misteriosa sombra que cobija el ala de Azrael; pero su cuerpo es frágil, y la palmera de delgado tronco se quiebra al primer soplo del *Simoun*. Mas… ¡Oh! ¡Mira! He allí la verdadera belleza, la que Alá formó para hacer las delicias del harem. Dichoso el dueño de esta hermosa esclava. Yo daría por ella diez mil cequíes.

Y fue a prosternarse ante una gruesa gauchona de desarrollado seno y abultadas facciones, pero fresca y provocativa para los mahometanos, que invernan a sus *Zairas* como nosotros a los cerdos; …y aun ¿quién sabe?... quizá también para muchos cristianos que, sintiéndose cerca del hueso, aman con furor la carne.

Así, la hermosa esclava era señora absoluta y despótica de todo un señor ministro.

Por lo que hace a nuestras bellas tomaron el partido de reír; y en ocho días no se habló de otra cosa que de los suculentos gustos de Su Alteza tunecina.

Carmen también rio y estuvo más graciosa y coqueta que nunca; pero llevaba en el corazón el dardo de los celos que las palabras de Gabriel acababan de despertar.

Ella que creía que su belleza era omnipotente, que sus ojos poseían el secreto de encadenar la instancia, y que aquel sobre quien se habían dignado descender quedaría para siempre a sus pies, vio de repente, al través de las tinieblas de la duda, resplandecer la luz de una dolorosa verdad.

Buscó a Gabriel; pero esta vez el joven, que había adivinado el secreto de su hermana, fue impenetrable, y eludió toda explicación.

—¡Yo lo sabré! —se dijo ella—. Y entonces, Irene, ¡ay de ti! ¡Y ¡ay de ti también Felipe! Como al otro traidor, ¡mejor te sería no haber vivido!

Y poniendo como se dice vulgar, pero expresivamente, *una piedra sobre el corazón*, irguió la frente con altivez, sacudió sus negros rizos, se arrojó en el alegre torbellino de la fiesta, rio, cantó, bailó y aceptó con tan explícita complacencia las galanterías de

su caballero que, al dejar los salones de la Filarmónica, nadie dudaba de que Monteagudo había conquistado el amor de la bella Carmen Montelar.

## IV

## BORRASCAS DEL ALMA

Muchos días habían pasado desde las escenas ocurridas en la Filarmónica. Mediaba una noche de enero, y Lima, envuelta en el extraño silencio que sucede a su bullicioso tumulto, dormía al claro rayo de la luna llena. El reloj de San Pedro acababa de dar la última de sus doce campanadas, y el sereno, bostezando y restregando sus ojos, se alzó de un umbral de aquella calle donde dormía a pierna suelta, y de pie, aunque todavía soñoliento comenzó a cantar.

—Ave Maríaaa… ¡Ahí está ya el embozado! ¿Qué diablos querrá ese hombre en aquella casa? Si fuera un ladrón se habría ya cansado de rondar la calle en vez de pasear los techos. Si fuera un enamorado, siquiera una vez se acercara a la reja para ver a esa linda niña que asecha en la celosía. ¡Pero no, señor, nada!... y solo se contenta con pasar y repasar, y últimamente esconderse en el hueco de esa puerta, como ahora acaba de hacerlo, hasta que la última gente ha salido, y

que el último criado ha entrado, y que han cerrado las puertas… ¿Queeé? ¡Este sí que es un enamorado! Pero a este no lo vi nunca. Es un militar, lo dice los bordados de su cuello. En esto vienen a parar los ladrones con que tanto nos atormentan a los pobres dependientes de policía; más o menos, todos son enamorados.

—Huyamos, huyamos pronto porque…

Y el sereno se alejó cantando la hora.

En efecto, apenas el fantástico embozado se había ocultado en la puerta cuya situación describió el sereno, un joven, envuelto en una capa militar se detuvo ante la reja.

Un momento después, las largas cortinas de muselina que guarnecían aquella ventana se abrieron misteriosamente; y un rostro hechicero, a la vez gozoso y asustado, sonrío al militar.

—¡Felipe! —murmuró—. ¡Qué dicha!... ¡Qué imprudencia!, quise decir. Mi madre vela todavía. ¡Si viene, si llegara siquiera a sospechar que te veo! ¡Que te hablo!... ¡Oh, aléjate, en nombre del cielo!

—No, amada mía, perdona si desobedezco, pero tenía tanta necesidad de verte, de oír tu voz, de contemplar tu rostro, de llamarte mía, ¡y oírte repetir cien veces!... Porque, Irene, alma mía, hoy más que nunca temo perderte. Tu madre se prepara secretamente para dejar Lima para volver a su patria. Si un día te ordena seguirla, tú no tendrás bastante resolución para resistir a su voluntad; el mar está cerca, y antes que hayas podido dirigirme siquiera un adiós, habrá puesto entre nosotros su inmenso espacio.

—Calla, Felipe, ¡que destrozas mi corazón! ¡Dios tendrá piedad de nosotros y alejará ese momento fatal!

—¿Pero si llega? Irene, ¿si llega?

—¡Ah! Si llega, si me encuentro al fin en la horrible alternativa de elegir entre mi madre y tú… No vacilaré, Felipe, no vacilaré… ¡Pobre madre mía! —Y la joven inclinó la cabeza sobre sus rodillas dando un gemido.

—¡Lloras! ¡Te arrepientes de tu promesa y prefieres someterte a los mandatos tiránicos de tu madre!

—No la culpes, Felipe; ella me ama y desea mi dicha.

—Si te ama, ¿por qué despedaza tu corazón? ¿Por qué quiere separarnos?

—¡Porque pesa sobre nosotros una herencia de odio, porque media entre nuestro amor una ola de sangre! Escucha, Felipe, y lejos de condenar la conducta de mi madre, llorarás sobre ella y sobre nosotros.

El día que te cerró su casa, mi madre me llamó a solas. Estaba pálida, y su semblante grave y triste. Me hizo sentar a su lado y me habló así:

Me es forzoso, hija mía, contristar tu corazón, refiriéndote una historia que te he ocultado hasta ahora, porque, en mi anhelo maternal, yo he guardado siempre para mí las espinas de la vida, a fin de que hallaras solo sus flores. Pero te debo una explicación de mi conducta de hoy y hela aquí:

En tiempo de la guerra de independencia en Colombia, servían en los dos bandos enemigos dos oficiales, el uno americano y el otro español, amigos en otro tiempo, pero desunidos después por el por el espíritu de partido. Un día se encontraron frente a frente, mandando cada uno de ellos una guerrilla. La fuerza

realista, después de un terrible combate, fue destrozada, y el oficial español cayó en manos de sus enemigos. Era joven, era amado, tenía una esposa bella, una hija en la cuna. La vida le sonreía, y pidió gracia. Pero el oficial patriota, cumpliendo la inexorable ley de la guerra a muerte, fusiló a su prisionero. El desgraciado español se llamaba Fernando de Guzmán.

¡Mi padre! —grité yo—.

El jefe patriota que lo mandó ejecutar —prosiguió mi madre— era Diego Salgar.

—¡Mi padre! —exclamó Felipe, que a su vez inclinó la cabeza sobre su pecho, pálido y anonadado.

—Mi madre, que por evitarme penosas emociones, me calló siempre las circunstancias trágicas que acompañaron la muerte de mi padre, ignoraba el nombre de su matador; una casualidad se lo reveló. Oyó un día a Fermín nuestro mayordomo, antiguo soldado de Colombia, refiriendo a las criadas su vida militar, hablar como testigo y actor, del fatal encuentro en que la enemistad de nuestros padres tuvo un terrible desenlace.

¡Ah! ¿Qué podía hacer la viuda de Guzmán? ¿Le era lícito acoger todavía al hijo de Salgar?

—Y tú, Irene mía, ¿qué sentiste al saber esa funesta historia que ha caído sobre mi corazón como un lúgubre sudario?

—Sentí que te amaba siempre, Felipe, y tuve horror de mí misma. Habría querido olvidarte, arrojarte del corazón; pero mi amor es profundo, imborrable, se ha vuelto la mitad de mi alma, y no puedo arrojarlo de ella sin morir.

—¡Ángel de belleza y de bondad! —exclamó el joven, contemplando a su amada con adoración—. ¡Qué he hecho yo para merecer tanta dicha! Llegué triste, agitado: heme aquí tranquilo y feliz.

—Pero entre tanto, Felipe, las horas pasan, y es preciso separarnos.

—¿Ya? ¡Tan pronto! ¡Después de tantos días de ausencia, después de tantas zozobras!

—¿No estás tranquilo y feliz?

—¡Oh! ¡Sí! Mas para irme contento, necesito una prenda. Las cortinas se apartaron enteramente, y una joven vestida de blanco se mostró en la ventana.

Era bella, bella con esa beldad rara, doble herencia de los árabes y de los godos: grandes y rasgados ojos negros bajo largos y sedosos cabellos blondos.

—¿Una prenda? —dijo, sonriendo amorosamente—, ¡una prenda! ¿Cuál?

—El permiso de besar tus cabellos.

Irene cogió una de sus largas trenzas rubias, y rodeó con ella el cuello de Felipe, apoyando en sus labios el rizo que la terminaba.

A esa doble caricia, el incógnito, que acechaba escondido en el hueco de la vecina puerta, hirió su frente con el puño cerrado, y huyó de allí, como perseguido por una horrible visión.

Al mismo tiempo, una carcajada sorda e irónica resonó en su oído, y una sombra, destacándose de los cañones de otra puerta, lo siguió a lo lejos.

El desconocido atravesó con paso rápido y desigual las calles de Beitia, las Aldabas y Aparicio; entró en la calle de San Francisco, y deteniéndose delante de una puertecita estrecha y baja, dio dos golpes con la extremidad de los dedos. La puerta se abrió al momento, y una negra anciana, de semblante dulce y triste, apareció entre la puerta y una inmensa cortina de enredaderas que la ocultaba interiormente.

El embozado apartó con ademán brusco a la negra, y atravesando la tupida enredadera, se internó en las sombrías avenidas de un hermoso jardín.

La negra dio un suspiro, y moviendo tristemente la cabeza iba a cerrar la puerta, cuando vio deslizarse entre ella y el postigo un bulto negro, que pasando como una sombra bajo su brazo iba a introducirse en el jardín.

La negra, asiéndolo resueltamente, quiso rechazarlo fuera; pero el fantasma, apartando el embozo que lo cubría y poniendo a la vez su dedo en la boca y la hoja de un puñal sobre el seno de la negra:

—¡Silencio! —exclamó—, porque te juro, madre, que si te mueves, o das siquiera una voz, caerás muerta a mis pies.

Y cerrando la puerta, guardó la llave y desapareció en el sombrío ramaje, dejando a la negra helada de sorpresa y espanto.

—¡Andrés! ¡Andrés! —murmuró la pobre vieja.

¿Qué viene a hacer aquí este desventurado? Huyó del castigo a que le condenaba su atroz delito; y ahora el imprudente vuelve a poner el cuello bajo la mano del ama, que no le perdonará, aunque le ha criado en sus brazos. ¡Oh! ¡ama, ama! Qué daño nos hiciste, a mí y a mi pobre hijo, arrancándolo a mi amor, desviando de mí su corazón; a él elevándolo a la esfera de los blancos, donde si es tolerado el negrito, no es ya tolerado negro. He ahí lo que has hecho de él: ¡un asesino, un ladrón!

Y la anciana negra, con la cabeza entre las manos, se perdió gimiendo en las oscuras galerías que rodeaban el jardín.

Entre tanto, el rondador de la calle de San Pedro había llegado al otro extremo del jardín. Torció el dorado botón de una puerta que se abrió, y apartando una cortina de terciopelo, entró en un retrete resplandeciente de oro, seda y pedrería. Las paredes estaban cubiertas con terciopelo color de púrpura bordado de oro. Espejos de dimensiones fabulosas duplicaban el brillo de los diamantes que en forma de brazaletes, pendientes, anillos, collares y diademas se ostentaban por todas partes, dentro los vasos de oro, adornados de rubíes y esmeraldas que cubrían los muebles de aquella suntuosa morada. El aire que se respiraba allí era tibio y embalsamado con el perfume que se exhalaba de la filigrana de los pebeteros que ardían sobre los platillos de oro, llenos de azahar, aromas, y flores de chirimoyo; cuyo humo formaba una aureola luminosa en torno de las trasparentes bujías que alumbraban un tocador donde estaban reunidos todos los tesoros de la coquetería y de la elegancia. Dos anchas ventanas abiertas sobre el jardín, y medio cubiertas con dobles cortinas de terciopelo y enredaderas de ñorbos, hacían llegar a este santuario el suave murmullo del viento entre las hojas de los plátanos.

Estando en el cuarto, el embozado arrojó la capa y sombrero que lo cubrían. Los largos rizos de una hermosa cabellera que el sombrero aprisionaba se esparcieron profusamente sobre los hombros desnudos de una joven, ocultando a medias su frente y sus grandes ojos negros.

Era Carmen Montelar, Carmen, no alegre y coqueta como en el baile, sino pálida y sombría.

Largo tiempo permaneció inmóvil, muda, y la mirada fija en el vacío. La vida se había reconcentrado toda en su pecho que se alzaba tumultuosamente, como un mar borrascoso.

—¡Carmen! —exclamó al fin mirando su imagen reflejada en uno de aquellos grandes espejos—. Carmen, ¿qué te queda por saber? ¿Falta algo a la desesperación de tu alma? Orgullosa belleza, ¿qué ha hecho ese hombre del corazón que le habías dado? No contento con destrozarlo, lo ha arrojado al lodo. Hermosa, rica y adorada de cuantos hombres se te acercaban, desdeñabas sus adoraciones para consagrarte solo a él. Tu mirada, que los más altos personajes habrían dado un mudo por interceptar, tu mirada lo buscaba a él

solo en todas partes; y cuando lo habías visto, orgullo, opinión, deber, todo lo olvidabas, porque él era todo para ti.

Y mientras tú le consagrabas así tu vida y tu alma, él te engañaba miserablemente, y reía de tu loca pasión. Cada uno de sus juramentos era una mentira, cada una de sus palabras de amor era un insulto: cuando te embriagaba con ellas, llevaba en el corazón la imagen de otra mujer…¡¡Ah!!

Y recorriendo el cuarto con pasos precipitados, la orgullosa joven elevaba sus ojos para hacer retroceder las lágrimas de rabia y dolor que se agolpaban en ellos, e inundaban su rostro a pesar suyo. Ella las enjugaba furtivamente con sus cabellos, murmurando con su risa siniestra:

—¡Llorar!, no. La desesperación no tiene lágrimas: ellas sientan bien al rostro de una mujer adornada y triunfante, a cuyos pies han arrojado como un sangriento trofeo, el corazón de otra mujer.

Se interrumpió bruscamente; sus negras pupilas brillaron con un resplandor sombrío, sus manos se

crisparon convulsivamente, y mordiendo el labio con furor:

—¡Irene! —exclamó— ¡Irene!... He ahí el secreto de ese odio instintivo que desde la infancia me inspiró esa mujer. Niña todavía, yo leía constantemente en los ojos de esa niña como yo una terrible amenaza para el porvenir; y en los dorados sueños de mi juventud, cuando el corazón comenzó a abrirse al amor, su imagen venía siempre a turbarlos, mezclando en ellos un terror sin nombre.

¡Irene!, tú que me llamabas la Leona, ¡ya sentirás como justifico yo este nombre! ¡Desdichada de ti, que has herido a la leona y la has dejado viva! ¡Sí! —continuó, dando un fuerte golpe en su lindo y delicado pecho—. Quiero arrancar de aquí todo lo que pudiese enternecer mi alma y hacerla buena; quiero consagrarme toda al mal; volver perfidia por perfidia y tormento por tormento. Mientras más bárbara sea la venganza tanto mejor. Destierro, deshonra, muerte, ¿qué son ante el dolor que destroza mi alma?

En ese momento, la misma risa sorda y diabólica que la había perseguido en la calle, resonó detrás de ella.

A este eco que venía a mezclarse a la tempestad que rugía en su corazón, Carmen se estremeció, y volviéndose sobresaltada, vio centellear en la sombra dos ojos ardientes como los del chacal.

Un instante después se abrió la puerta, y un hombre apareció en el umbral.

Era el negro que habló con Rita en el jardín de la Filarmónica.

# V

# EL PACTO

Al verlo, Carmen dio un paso atrás.

—Infame asesino —exclamó—, ¿qué buscas aquí?

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¡Y dice la pobre niña que quiere vengarse! ¡Vengarse, y le arredra el crimen!

—¡Miserable! ¿Llevarías tu insolencia hasta osar mezclarte en los secretos de mi corazón?

—Ya sé —replicó el negro con irónica sonrisa—, ya sé que no es a mí a quien la niña concede esa dicha; pero ¡bah!, yo estoy fuera de la ley, y no cuento entre los vivos. Vago pues como una sombra, y cual sombra sin ser visto me encuentro por todas partes. Así, todo lo veo, lo sé todo; y ¡cuánto río del soberano ridículo esparcido en este mundo! ¡Qué de engaños!, ¡cuántos chascos!

Por ejemplo, sigo el drama de un amor. Es una joven noble, rica, hermosa, ¡oh!, tan hermosa que por ella daría uno gustoso el cielo; pero tan soberbia que al sol mismo lo creería indigno de mirarla. Mas de repente ama. Ama a un joven capitán, le da su alma, por él olvida su orgullo, su honor, su deber, todo…

—¡Lo sabe! ¡Desdichada!

—Pero he aquí que el capitán no la ama, nunca la amó, y el sentimiento que lo llevó a ella era el que inspira una cortesana.

—¡Silencio! ¡Insolente!

—¡Oh! Por más que diga la niña, quiere oír mi drama y prosigo. Mas el capitán ama a otra, a una joven bella, dulce, pura. La ama con amor inmenso, respetuoso, tierno; y de rodillas ante ella le confiesa con rubor el sentimiento vergonzoso que lo unió a la noble dama.

—¡Afrenta! ¡Rabia! ¡Ah! —gritó Carmen cayendo en tierra y ocultando el rostro entre las manos.

El negro la contempló con cruel complacencia.

Así, así exclamaba también aquella orgullosa mujer, cuando se vio burlada, pospuesta, despreciada; y se torcía en los paroxismos de una cólera impotente; porque, débil mujer, carecía del valor que va a pedir a los sombríos abismos de la venganza las delicias que contienen.

Un hombre, un hombre que nada teme, y que ha hecho del mal la esencia de su alma, viene a ella y le dice:

—Si yo te vengo del hombre que te ha ofendido, arrebatándole la mujer que ama, y robándole para siempre por la muerte o la deshonra su cuerpo o su alma, ¿qué me darás?

—¡Todo! —exclamó Carmen, alzándose impetuosa y estrechando con fuerza el brazo del negro—. ¡Todo! ¿Lo oyes? Mi oro, mis joyas, mi poder.

—¡Eh! —dijo el negro con desdeñoso gesto—. ¿Para qué quiero yo tus riquezas? ¿Pueden darme ellas una gota de felicidad?

—¿Qué deseas, pues? ¡Habla!

—Te amo —exclamó el negro.

—¡Tú, vil esclavo!

—Sí, te amo; y en cambio de tu venganza, quiero que aceptes mi amor.

¿Quién podría explicar lo que pasó en ese momento entre la borrasca que devastaba hacía algunas horas el alma de Carmen? El orgullo y los celos debieron tener un terrible combate, en que los celos triunfaron al fin, pues la altiva joven depuso el ceño.

—Y bien —dijo—, dame la venganza; y cuando la haya saboreado juzgaré si vale mi amor.

—¡Ángel de luz! —exclamó el negro con impetuoso ademán—. Acabas de hacer alianza con el espíritu de las tinieblas; y este, para hacer irrevocables sus pactos, los marca con un sello de fuego.

Y antes que Carmen hubiera podido impedirlo, oprimió sus labios con un ardiente beso.

—¡Miserable! —exclamó la orgullosa aristócrata—. ¡Me pagarás con la vida esta afrenta!

—Eres mía —replicó el negro—. Nos ha unido un beso de amor, y me perteneces para siempre. Yo te doy la venganza, y tú me darás la dicha. ¡Qué digo! ¡Acabo de saborearla en tus labios! ¡Dicha suprema que defenderé con celoso afán! El hombre que osare acercarse a ti, morirá. Maté a González porque te amaba, y mataré a Monteagudo porque te ama. Lo he resuelto: así será.

Y dejando a Carmen anonadada de vergüenza y terror, el negro desapareció.

# VI

# LA CITA

A las once de la siguiente mañana, un yerbatero, en compañía de sus verdes cargas, estacionaba frente la casa de la condesa de Peña-Blanca.

De pie y recostado en la olorosa alfalfa, ocultaba el rostro bajo el ala del sombrero, sin duda para guarecerse de los ardientes rayos del sol, y dormitaba una deliciosa siesta: tal era la negligencia de su actitud.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo, se incorporó lentamente, y llevando la mano al bolsillo de su chaqueta, tomó un objeto que miró por la abertura de su raído poncho.

Quién hubiera seguido la dirección de su mirada hubiera visto un magnífico reloj cercado de brillantes.

—¡Media hora de espera! —murmuró—. Y esa maldita negra no aparece.

—*El cazo le dijo a la olla* —cantó una voz detrás del yerbatero.

—¡Rita! ¡Acabaras de llegar!

—¡Gua! ¿Sabía yo acaso que estabas aquí disfrazado? ¡Imprudente! No parece sino que está buscando su destino.

—¿Ya empezamos? Sígueme a la plaza que tengo que hablar contigo.

—Es mi camino; mas no puedo detenerme: me manda la señorita.

—¿Dónde vas?

—Voy a llevar esta carta y volver al momento.

—¡Una carta! Dámela.

—¡La carta que me da la señorita es para el señor Monteagudo!

—¡Para él! ¡Oh!, dame esa carta te digo porque si no…—dijo el yerbatero a media voz, pero con terrible

acento, arreando sus cargas en pos de Rita, que al llegar a la plaza se detuvo intimidada.

—Pero, Andrés, ¿qué diré a la señorita?

—Dame la carta y descuida.

—Hela aquí. ¡Dios mío! ¿Por qué me diste por hermano a este diablo del infierno?

El negro cogió la carta y examinó el sello. Luego sacó del bolsillo un cortaplumas y un lente. Expuso la fina hoja de acero al rayo solar filtrado por el cristal, y cuando se hubo caldeado lo bastante, la aplicó al sobre de la carta, levantó diestramente el sello, y la leyó.

—Llevas también una llave.

—Sí.

—Y bien, he aquí la carta cerrada y sellada como la recibiste. Entrégala y trae la respuesta. Te espero aquí.

Un cuarto de hora después, Rita entregaba a su hermano un billete sencillamente plegado, pero que

parecía guardar aún la huella de la aristocrática mano que lo había escrito.

El negro lo abrió del mismo modo que el otro y se puso a leerlo con avidez. El billete decía así:

«Cualquiera que sea el peligro que amenaza mi vida, bienvenido sea, pues impide a la bella Carmen el recibirme en su casa donde la hallaría rodeada de importunos, y la aconseja llamarme a un paraje solitario, donde mientras ella me hable de ese riesgo que bendigo, me embriagaré yo en la mirada de sus ojos, y en el melodía de su voz. ¡Y aún está el sol en lo alto del cielo! ¡Y aún no es más que mediodía! ¡Oh, Dios! Nunca llegará la noche».

El negro plegó de nuevo y selló el billete, sonriendo con una risa siniestra.

—Lleva este billete a tu señora, Rita, que debe esperarlo impaciente.

—Dices eso, Andrés, de un modo que me haces estremecer. ¿Qué intentas contra la niña?

—¿Quién le ha dado la osadía de averiguar mis intentos? Obediencia y silencio: he allí lo que te conviene si quieres vivir largo tiempo. Vete.

# VII

# LA FUGA

Al anochecer de ese día, un coche cuidadosamente cerrado partió de la calle de San Pedro. Atravesó las de Plateros y San Agustín, torció a la izquierda, y se dirigió a la portada del Callao.

En aquel coche iban dos personas, una mujer de edad y una joven. La primera, grave y meditabunda, parecía haber tomado una penosa, pero firme resolución. La última lloraba en silencio con el rostro oculto entre las manos.

Cuando el ruido de las ruedas y de los cascos de los caballos se hubo apagado en la arena del camino, la joven levantó la cabeza, y paseó en torno una dolorosa mirada.

La noche comenzaba a tener su velo sobre el paisaje. Las copas de los sauces se dibujaban sombrías sobre el azul estrellado del cielo; el grillo cantaba entre la

maleza, y la brisa empapada en los aromas del azahar mecía con triste rumor las ramas de los árboles.

La joven asomó la cabeza por el claro de la portezuela y miró hacia atrás. La última vislumbre de occidente se reflejaba con tintes rojizos en los blancos capiteles de la portada; y en el fondo oscuro de su arco, empezaban a brillar las luces de la ciudad.

—¡Lima! —murmuró la joven. Y el acento con que pronunció esta palabra encerraba un mundo de dolor.

—¡Lima! —repuso su compañera—. Lima que ya no nos es dado habitar, hija mía, por más doloroso que sea abandonar ese hospitalario asilo de nuestra orfandad, donde hemos pasado días felices, a pesar de la suerte enemiga que siempre, obstinada en perseguirnos, me ha puesto en la necesidad de despedazar tu corazón.

—¡Ah, Mamá! ¿Existía acaso esa necesidad? ¿No te he jurado no ver más a Felipe, con tal que me dejaras vivir cerca de él, respirar siquiera el aire que él respira?

—El honor y el deber me ordenan alejarte de él, Irene; el honor y el deber te ordenan a ti desterrar

del corazón ese amor sacrílego. El honor y el deber, hija mía, tienen leyes severas, que no transigen con ninguna debilidad.

—Tienes razón, mamá, tienes razón. Ha habido momentos en que he querido rebelarme contra tus decisiones; pero mi fe en ti está demasiado arraigada en el corazón. He aquí, pues, tu hija, haz de su destino lo que mejor te plazca. Pide a Dios solamente que me de fuerza para resignarme con su voluntad, y no sucumbir en esta horrible prueba.

—Confía en su bondad, hija mía —repuso la madre, procurando afirmar su voz conmovida—. Él, que tiene magníficas recompensas para aquellos que cumplen su deber en la tierra, te enviará, no lo dudes, la paz y la dicha. Ahora lloras, pero después te regocijarás.

—¡Después! —murmuró Irene—. ¡Después! ¡Qué siglos de dolor encierra esta palabra!

E inclinando la cabeza pareció hundirse en dolorosa meditación. Entretanto, el coche había dejado atrás los últimos árboles de la alameda, y rodaba sobre un camino polvoroso bordado de altas malezas donde

cantaban millares de insectos. Se acercaban a la *Legua*, y ya a la luz de la luna se distinguían los pardos techos del *tambo*.

De repente, un jinete, que embozado hasta los ojos, caminaba hacía rato a vista de los viajeros, pero guardando entre ellos una distancia calculada, puso a galope su caballo.

El cochero, que sentado en el pescante cantaba descuidado, interrumpió su canción para mirar hacia atrás. En ese momento, el jinete que había emparejado el coche dio un silbido.

Cuatro hombres surgieron de bajo de un matorral; dos de ellos detuvieron los caballos, y los otros se apoderaron de las viajeras. El uno ligó a la espalda las manos a la señora, y el otro puso a la niña desmayada en los brazos del embozado, quien, acercándose al cochero, le mostró en silencio, pero con ademán imperioso, el camino al Callao, tomando él el de Lima a toda la carrera de su caballo.

Todo esto pasó en el corto espacio de un minuto.

La madre dio gritos espantosos, y ligada como se hallaba quiso arrojarse a tierra. Pero de repente se detuvo pálida y anhelante. Un pensamiento horrible hirió su mente, secando sus lágrimas y cambiando su dolor en indignación.

—¡Infame hipócrita! —exclamó—. ¡Fingía resignación y se preparaba a huir con su amante! ¡Que la sangre de tu padre sea sobre tu cabeza, hija desnaturalizada! ¡Yo te maldigo!

Y la desdichada mujer cayó desfallecida en el fondo del carruaje que por orden del raptor corría en dirección al Callao.

A la misma hora que los viajeros dejaban Lima, Salgar entraba en su casa después de la lista de cinco.

Una mujer lo esperaba sentada en el umbral de la puerta.

—¡Inés!... Una carta suya, ¿no es verdad?... ¡Pero tú lloras… Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

—¡Ay! ¡Señor, ya su merced no verá más a la pobre niña!

—¿Qué dices?

—Acaba de partir para el Callao, y esta noche se da a la vela para España.

—¡Pérfida! Me ha engañado. Anoche mismo me juraba seguirme y ser mía.

—No la culpe su merced. ¿Qué podía hacer la pobre niña? Su madre la domina; y cuando habló la señora, ella dijo siempre amén. Pero en lo que pasó esta mañana a cualquiera se la doy… Figúrese su merced que de repente entraron a casa dos caballeros, y que la señora, que parecía esperarlos, hizo pasear a uno de ellos de la cocina al desván inventariándolo todo. Hecho esto, volvieron al salón en donde uno de aquellos hombres, sumando el inventario, dejó un saco de oro y partió.

—He aquí, capitán Vázquez —dijo la señora al otro que se había quedado en casa—. He aquí la única fortuna de la pobre viuda que lleva usted abordo. ¡Ah, cuán feliz salí de España y cuán desdichada vuelvo?... ¿Partimos hoy en fin?

—Esta noche, entre dos y tres sin falta. Desde esta mañana sopla una brisa magnífica.

—¡Loado sea Dios!

—Me llevo, pues, tu oro. He aquí mi recibo. Hasta la noche.

—¡Inés, en nombre del cielo, acaba! ¿No ves que muero de angustia?

—A ello voy. Yo estaba escuchando, y cuando oí hablar de viaje, quise venir a avisar a su merced; pero la señora había cerrado la puerta y se guardó la llave. A las cinco me llamó. No sé lo que había pasado. La niña lloraba amargamente sentada en un rincón; la señora estaba triste, y por momentos sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Inés —me dijo—, ¿quieres seguirnos a España?

—¡Ay, señor! Aunque yo la quiero tanto a la niña, sobre todo esto de irme fuera de Lima se me hizo muy cuesta arriba. ¿Dónde hallaría yo en esos mundos de Dios nuestro regalo, el sahumerio, la mistura, los

limpiones, Amancaes, el Puente? ¡Bah! ¡Imposible, imposible!

—¡Inés! ¡Me estás dando ochenta muertes! ¿Qué te dijo para mí?

—¿La señora?

—¡Irene!

—Cuando la señora me dijo que era libre y que me quedara, y me dio toda esta plata… La niña me hizo seña de que me acercase con pretexto de acorchetarle el vestido; y me encargó decir a su merced que le había sido imposible desobedecer a su madre; que iba a morir, eso sí, pero que su merced la olvidará.

—¡Ah! ¿Creíste eso posible, Irene? ¡Yo te haré ver que te engañas! ¡Yo te haré ver como sabe amar el corazón que te ama!

—¿Dónde va su merced, por Dios?

—A correr en pos suya, a arrojarme a los pies de su madre, a pedirle… ¡a pedirle que me dé la muerte!

—dijo Felipe montando a caballo y partiendo a toda brida.

Las calles, la portada, la alameda; todo lo dejó atrás en breves instantes; y cortando con impaciencia las revueltas del camino, corría en línea recta, saltando tapias y matorrales, sombrío, silencioso, con la mirada fija en el horizonte, pareciéndole a cada momento ver perderse en la azul lontananza las blancas velas de la nave que le arrebataban a su amada.

De pronto, Salgar divisó un jinete que corriendo en dirección opuesta venía a encontrarse con él. Llevaba extendido entre sus brazos el cuerpo de una mujer cuya cabeza iba echada hacia atrás, y a la luz de la luna, se veía ondear al viento su larga cabellera.

A diez pasos de distancia, aquel hombre que había reparado en Felipe torció hacia la derecha dando espuela a su caballo, cogió un sendero que cruzaba los campos. En ese momento, la mujer que llevaba consigo y parecía muerta o desmayada se enderezó de repente, y tendiendo los brazos a Salgar, gritó con angustia:

—¡Socorro!

Al eco de aquella voz, Felipe se estremeció, y echando mano a la espada, se arrojó sobre el raptor.

Este, viendo que le era imposible defenderse, soltó su presa y desapareció.

—¡Irene! —exclamó Felipe, cayendo a los pies de su amada.

Irene vaciló un momento, miró hacia atrás, divisó a lo lejos el coche en que se alejaba su madre; luego miró a Felipe, que la imploraba con ademán suplicante.

—¡Oh, madre mía! ¡Perdón! —exclamó—. ¡Yo había consentido en morir por obedecerte; pero no tengo fuerzas para volver a comenzar mi suplicio! Y se arrojó llorando en los brazos de Salgar.

# VIII

# EL ASESINATO

Un hombre, entrando a brida suelta por la portada de Guadalupe, se detuvo delante de un callejón en calle del Sauce.

—Candelario —dijo a media voz.

—Capitán —respondió un negro que parecía esperarlo hacía rato en la puerta del callejón.

—¿Hiciste mi encargo? —continuó el primero echando pie a tierra.

—Sí, capitán.

—¿Afilado y empitado?

—Empitado fuertemente y afilado por el mejor afilador. Hele aquí.

—Bien. ¿Dónde está Francisco?

—En la calle de Escribanos, acechando a nuestro hombre, que no ha mucho tomaba un baño y ahora se está vistiendo.

—¡Las ocho! Ya es hora de apostarnos.

Dio un golpe en la grupa a su caballo, que a esta seña, entrando en el callejón se perdió entre sus oscuras encrucijadas.

Los dos hombres subieron calle arriba y luego se dirigieron hacia la plazuela de San Juan de Dios.

Llegados allí, el uno se quedó en la bocacalle que hoy cruzan los rieles del ferrocarril, y el otro fue a apostarse en la mitad de la plazuela bajo las ventanas de la Micheo.

No de allí a mucho, se escuchó a lo lejos un prolongado silbido que repitió luego el negro apostado en la esquina.

Poco después apareció un hombre apuesto y elegante; cruzó la calle y siguió el costado derecho de la plazuela, alumbrada entonces por los rayos de la luna.

En el mismo instante, aquel que parecía esperar apoyado en la puerta cerrada de una tienda, incorporándose de repente, vino derecho y con paso mesurado al encuentro del que iba, quien, preocupado sin duda de algún pensamiento, no hizo en ello atención ninguna.

Al cruzarse aquellos hombres, brilló un relámpago, se oyó un grito ahogado, y uno de ellos rodó en tierra.

El asesino se inclinó sobre él, registró sus bolsillos, se apodero de una llave y fue hacia el hombre que había dejado en acecho, que se había ya reunido con aquel que vino siguiendo al desconocido.

—Candelario —le dijo—, recoge mi puñal; pero guárdate de tocar un pelo siquiera de ese cadáver, en ello te va la vida. Por lo demás, ya sabes: en caso de aprehensión, tú lo mataste, tú; y nadie te saque de ahí, que aquí estoy yo para librarte cualquiera sea el peligro en que te halles.

En cuanto a ti, Francisco, achácalo todo a tu amo. Por bueno que sea contigo, recuerda que es blanco y basta. ¡Cuidado, pues!

Y volviendo sobre la derecha, tomó la sombra y atravesó la plazuela.

—¡Amén! —dijo Candelario—. Menos en lo de recoger el puñal. ¿Cómo acercarse al muerto sin que tienten a un cristiano esos dos gruesos diamantes que desde aquí veo brillar en su pecho y en su dedo? Huyamos, huyamos presto, Francisco, que las manos me hormiguean.

Y ambos echaron a correr.

Entretanto, el asesino atravesó a paso largo la calle de Belén, y deteniéndose delante de una puerta, después que hubo consultado su número, la abrió con la llave que había quitado al cadáver, y se introdujo en un vasto jardín plantado de árboles y cubierto de emparrados.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, saliendo de entre el follaje de una glorieta, Carmen Montelar se adelantó al encuentro del que llegaba.

Pero al verlo, se detuvo de repente y exclamó con espanto:

—¡No es él!

—No, por cierto —repuso el otro en tono de fisga—, no, no soy el que esperabas pero en cambio soy aquel que sabe cumplir sus propósitos.

—¡Andrés!... ¡Oh!, lo ha asesinado —exclamó ella y cayó al suelo sin sentido.

El negro se puso a contemplarla con insolente complacencia. «¡Qué hermosa es!», decía. Y pensar que este bello cuerpo extendido a mis pies pudo ser mío ahora mismo, y embriagarme con todos los tesoros de hechizo y de voluptuosidad que encierra… ¡Capitán Salgar! ¡Caro me pagarás el encuentro de esta noche! ¡Tengo sed de esta mujer: la amo con un amor rabioso; y tener aún que esperar! ¡Oh!

Se alejó algunos pasos, y yendo a una acequia que atravesaba el jardín, cogió agua en la palma de la mano y roció el rostro a la joven, quien abrió los ojos y se levantó asustada.

—No temas —la dijo el negro—. Una larga hora has estado a discreción mía, tú, que habías venido aquí

para hacerme traición; mas yo no he querido vengarme de tu deslealtad, te he respetado, y mi mano no se ha extendido ni aun a la orilla de tu velo. Pero acuérdate, Carmen Montelar, que el día que te entregue la honra o la vida de tu rival, serás mía; y que no podrás eludir el cumplimiento de tus promesas, aunque te ocultes en las entrañas de la tierra. Adiós.

Aquella misma noche, Candelario y Francisco fueron aprehendidos y el primero declarado asesino del ilustre Monteagudo.

## IX

## EL VOLUNTARIO

La mañana siguiente, cuando Carmen delante de su espejo contemplaba la palidez que los sucesos de la noche habían dejado en su mejilla, vio entrar a su hermano vestido de militar.

—¿Qué es esto, Gabriel? ¡Con un uniforme a cuestas!

—Ya lo ves, querida mía, he endosado la casaca y soy una plaza más en el batallón *Arauro* que hasta hoy guarneció Lima.

—¡En el *Arauro*!

—Sí, y en la compañía del capitán Salgar… ¿Pero nada más ves en mí?

—Calzas espuelas. ¿Te marchas?

—Marchamos a campamento, que está entre Baquijano y Bellavista; y dos horas después nos embarcamos para Arica.

—¡Se va! ¡Corazón! ¡Cuánto lo amas todavía!

—En la madrugada el cuerpo ha recibido orden de partir y el *Leónidas* nos espera en Bocanegra, donde nos embarcaremos para evitar los fuegos del castillo. Sabe Dios que yo no amo la vida de soldado; pero me arrojan en ella ¿sabes qué?

—¡Penas de amor!

—¡Sí! Ayer perdí la esperanza ya: Irene partió con su madre a España.

—¡Partió! —murmuró Carmen—. ¡Maldición! ¿Y mi venganza? ¡Oh!, al menos, quiero verlo a él; gozarme en su dolor.

Y volviéndose a su hermano:

—Gabriel —le dijo—, no nos separemos tan presto, quiero acompañarte hasta la playa. Voy a prevenir a mi tía, pido el coche y parto.

—Mucho lo agradeceré, hermanita; pero apresúrate. El batallón está formado y va a ponerse en marcha.

# X

# LA LEONA

Poco después, en la playa de Bocanegra y entre el tumulto del embarque, una mujer lanzándose de un carruaje se mezcló al gentío. Era Carmen Montelar.

Un hombre se le acercó y le habló al oído. Carmen se puso pálida, pero en sus ojos brilló una feroz alegría.

—Te sigo —le dijo, y desapareció con aquel hombre.

El *Arauro* se había embarcado, y el *Leónidas* solo esperaba para darse a la vela la llegada de un oficial, cuyo retardo se achacaba a una orden superior.

—¡Diablo de Salgar! —decía el coronel, dirigiendo su anteojo a tierra—. ¿Qué puede detenerlo todavía? Fue a traer los estados del cuerpo que olvidé en la mesa del general Salón y que le encargué ir a buscar porque él era el único que estaba a caballo. No quería ir y ahora no quiere volver.

—Ahí viene un bote. ¿Trae quizá a Salgar?

—No, en él viene un paisano.

En efecto, un hombre envuelto en una ancha carga y el sombrero caído hasta los ojos, saltó en un bote, puso una onza en la mano del barquero y le dijo con voz breve:

—Al *Leónidas*.

—Señor —repuso vacilante el barquero—, estoy esperando al capitán Salgar.

—Pierdes tu tiempo, no vendrá. Vamos.

Y muy luego, el desconocido abordó al bergantín, subió ligeramente su escalera de cables, atravesó los grupos de soldados y descendió furtivamente a la bodega.

Llegado ahí, pasó una ávida mirada sobre la multitud de equipajes amontonados en aquel sitio, e inclinándose sobre las placas en que estaban inscritos los nombres de sus dueños leyó:

«Mayor Álvarez, teniente Coloma, comandante Gómez, capitán Salgar. Hela aquí».

Acercó los labios a un pequeño agujero abierto con disimulo sobre la cubierta de un baúl, y dijo con voz baja:

—¿Irene?

—¡Felipe, al fin! —respondió una voz sorda desde el interior del baúl.

—¡Ah! ¡Estabas aquí y lo esperabas! Pues sabe que no vendrá.

—La *Leona*… ¡Dios mío! ¡Soy perdida!

—Sí, la leona a quien heriste en el corazón, la leona que te tiene ahora bajo su garra y que no te soltará.

—¡Felipe! ¡Dios mío! ¡Felipe!

—En vano lo llamas. Acusado de conspiración, Felipe acaba de ser aprehendido y se halla en el campamento con centinelas de vista.

—¡Cielo! ¡Qué va a ser de él!

—Piensa en ti, en prepararte a morir. En cuanto a él, yo soy noble, rica y hermosa; y lo amo, es decir, lo puedo todo y lo salvaré. ¡Sí, mientras tu mueres aquí desesperada, yo libre de tu fatal influencia reconquistaré su amor!

—¡Me ahogo! ¡Piedad!.. Socorro.

—Nadie te oirá; y antes que aquí baje alma viviente habré yo llegado a Lima.

—¡Lima! —exclamó la desventurada y exhaló un hondo gemido—. ¡Lima!

Y el recuerdo de la mágica ciudad, de sus frescos jardines, de sus bosques de naranjos y sus embalsamadas auras, todo lo expresó el acento con que esta palabra se exhaló de su pecho falto de aire.

—Sí —replicó la otra—, Lima que tú no verás ya y donde a mí me esperan largos días de dicha y de amor con Salgar.

—Pues bien —exclamó la desdichada Irene—, si tienes la certidumbre de recobrar su amor, ¿por qué quieres mi muerte? ¿Qué puede inspirarle el bárbaro placer de verme morir en las convulsiones de esta atroz agonía? ¡Ah! Sin él yo no quiero la vida y la abandonaré a tu venganza; pero ¡en nombre del cielo, ten piedad de mí! ¡Sácame de este sepulcro, vuélveme a la luz, al aire! Deja que respire todavía el perfume de las flores, el ambiente cálido del día, la brisa embalsamada de la noche, y después, te lo juro, ¡moriré!

Así hablaba la pobre niña con voz suplicante que habría ablandado el alma de un tigre; pero la herida que sangraba en el corazón de Carmen había extinguido en ella toda piedad.

—¡Ah —dijo—, tú gimes ahora y me demandas piedad! ¿Quién la tuvo de mí en el largo martirio de mi amor ultrajado, en las eternas horas que pasé acechando las caricias que te prodigaba mi infiel amante, ahogando gritos de rabia y destrozando con las uñas mi pecho para que el dolor material embotara el dolor del alma? ¿Quién tuvo piedad de mí en los solitarios insomnios de mis noches en que cada

momento era un siglo, y cada latido del corazón una tortura? ¡Oh!, tú triunfabas entonces y reías de mi humillación. Mi vez ha llegado y yo río ahora de tus cobardes gemidos. ¡Muere!

Y dejó la bodega sin escuchar los sordos gritos con que la desdichada Irene le pedía la vida.

# XI

# EL RECLAMO

El bote, que atracado al bergantín esperaba a su pasajero, fue invadido por cuatro oficiales de la división sitiadora que se volvían a tierra.

—¿Qué esperas? —preguntaron al barquero.

—Espero al señor que me ha pagado el bote… Pero hele aquí que baja.

Los oficiales hicieron lugar al recién llegado, y el barquero remó hacia tierra.

Un hombre esperaba en la playa. Inmóvil, y sujetando un caballo por la brida, tenía la vista fija en el bote que se acercaba.

Cuando los pasajeros saltaron en tierra, se acercó al embozado y le dijo por lo bajo:

—He cumplido mi promesa. Carmen Montelar, ¿cuándo cumples la tuya?

—Caballeros —dijo ella, volviéndose a los oficiales—, ¿ven a ese hombre? Es Andrés, el Rey Chico, capitán de los salteadores que asolan el camino de Chorrillos y la Tablada de Lurín. En nombre de la seguridad pública, échenle mano.

Pero antes que ella acabara de hablar, el negro, saltando con ligereza sobre el lomo de su caballo, le hizo una seña de amenaza y huyó, enviando por adiós a los oficiales que se preparaban a aprehenderlo, una irónica carcajada.

Cuando Carmen, dejando su disfraz y recobrando sus vestidos que había dejado en una choza de pescadores, pidió su coche, supo que había sido tomado para conducir a un oficial que acusado de conspiración y aprehendido en el momento de embarcarse, después de una tenaz resistencia, en la que mató a algunos soldados, reducido a prisión, se había vuelto loco, y cargado de cadenas había sido conducido a Lima y encerrado en San Andrés.

Al escuchar esta noticia, Carmen palideció y el nombre de Felipe se mezcló en sus labios con un gemido. Pero luego, otro sentimiento clamó más alto en su alma que el dolor. Y llevando la mano al corazón.

—¡Silencio! —exclamó—. ¡Silencio, rebelde! ¿Te has vengado y gimes todavía? No puedes vivir de amor. ¡Y bien! Yo te haré vivir de orgullo.

# XII

## ESCENAS DE A BORDO

El primer día de navegación se pasó alegremente a bordo del *Leónidas*. Los oficiales del *Arauro* rieron, cantaron, refirieron aventuras y bebieron sendas copas a salud del desconsuelo en que habían dejado a sus queridas.

Al día siguiente, el fastidio comenzó a darles caza, y largos bostezos corrieron de babor a estribor. Hastiados de la gravedad de hombres en aquella estrecha cubierta, volvieron a ser todos niños; y mientras el coronel empeñaba largas partidas de ajedrez con el capitán, los oficiales apuraron el *trecillo*, las *escondidas*, el *toro*, la *rayuela*.

—A la *vara de Moisés* —gritó el piloto.

—¿Qué juego es ese?

—Es un juego de mi país, y muy bonito, como ustedes van a verlo.

Se le vendan a uno los ojos, y poniendo en su mano una varilla se le deja en libertad. El vendado vaga procurando guiar sus pasos hacia algún objeto que le interese; y cuando lo juzga al alcance de su vara la deja caer sobre él. Entonces el objeto es puesto a su disposición; y siempre bajo la venda: si es un pastel, lo parte; si un canasto, lo destapa; y si es un hombre, le da un bofetón.

—¡Magnifico! ¡Yo quiero ser el vendado!

—Yo.

—Yo.

—Pues señores, echar suertes.

La suerte cayó sobre Gabriel.

—Alférez —dijo el piloto, vendándole y dándole la varilla—, recomiendo a Ud. una gran caja de confites a la rosa que el capitán guarda en su cámara, al lado de la mesa de ajedrez. La gracia del juego está ahí: obligarlo a dar la llave.

—¡Oh, piloto, un abrazo por la idea! Y… ¡campo!

Se apartaron todos y Gabriel comenzó con denuedo su marcha; solo que, en vez de guiar sus pasos a la cámara del capitán, los extravió hacia la bodega.

Llegado a la escalera, descendió con rapidez, creyendo firmemente que bajaba a la cámara del capitán; y después de vagar un momento entre la multitud de objetos amontonados allí, dejó caer su varilla.

—¡Un baúl de Salgar! —murmuraron, riendo maliciosamente por lo bajo— ¡Diablo! ¡Va a encontrarse con las cartas de su hermana!

—¡Qué chiste!

—Piloto, entregue Ud. esta llave. Es de un baúl chico, como ese, y debe irle bien.

Le dio la llave el piloto y Gabriel abrió el baúl… Un grito de horror resonó en la bodega. El joven arrancó la venda que cubría sus ojos.

¡Qué espectáculo! El cadáver de Irene yacía a sus pies. En el yerto semblante de la desventurada joven había quedado grabada la huella de una horrible agonía.

Desde entonces, Gabriel no pronunció ni una sola palabra. Apoyado en un mástil, inmóvil y la mirada fija en el horizonte, se mostraba enteramente ajeno a la impaciencia con que sus compañeros deseaban la tierra.

Dos semanas después, el mismo día que desembarcaron en Arica, el joven alférez desapareció.

## XIII

## EL RAPTO

Una bella noche de marzo, clara, ardiente y estrellada, verdadera noche de Lima, Carmen Montelar, hermosa como ella y como ella vestida de negros cendales y coronada de brillantes, paseaba los *monumentos* de Jueves Santo.

Las borrascas del alma no habían dejado ni la más ligera huella en su pura frente y sus límpidos ojos; y nadie habría sospechado la presencia del crimen bajo las suaves ondulaciones de su albo seno. Al contrario, se habría dicho que se había vuelto más bella. En efecto, se mezclaba ahora a su mirada y a su sonrisa una expresión misteriosa que la hacía más seductora; y su voz había adquirido una melodía extraña que conmovía profundamente las más íntimas fibras del alma.

Por eso, nunca vio tantos adoradores suspirando en torno suyo; y por eso aquella noche en las calles y en

el templo la seguían solícitos, prodigándole lisonjas. Fastidiada de tantas adulaciones, Carmen procuró ocultarse entre las sombras de una nave, y saliendo por una puerta lateral, tomó una calle escusada.

En la esquina de aquella calle estaba al parecer en acecho un hombre envuelto en un poncho y apoyado en su caballo.

Cuando Carmen se hubo alejado una cuadra, aquel hombre saltó sobre su montura, y partiendo a toda brida, alcanzó a la joven, levantándola en sus brazos, envolvió su cabeza entre los pliegues del poncho, sofocó sus gritos y desapareció con ella entre los escombros de una callejuela.

Tres días después, a las diez de la noche, una mujer pálida y desgreñada, llamó a la puerta de un monasterio pidiendo hablar con la abadesa.

La santa prelada dejó su humilde lecho y acudió luego a aquel llamamiento.

—¿Qué buscas aquí, hija mía? —dijo la abadesa.

—El velo de religiosa —respondió la forastera.

La abadesa la atrajo a sí, y la puerta se cerró tras de ellas.

# XIV

# REVELACIONES

Poco después, el famoso Rey Chico, azote de los caminos y terror de las poblaciones, sorprendido solo en una de sus guaridas, después de una resistencia desesperada, fue aprehendido y encerrado en Carceletas.

Tantos y tan enormes eran sus delitos que no medió mucho tiempo entre su aprehensión y su sentencia de muerte.

El negro la escuchó con aparente serenidad; y cuando puesto en capilla le enviaron un sacerdote, se burló de él y le volvió las espaldas. Su madre, la pobre Nicolasa, vieja y casi ciega, se arrastró llorando hasta la puerta de la cárcel y pidió que le permitieran ver a su hijo para exhortarlo al arrepentimiento y darle su bendición.

Le concedieron esta gracia; pero él rio de su dolor y mandó decirle que se volviera a la cocina.

La desventurada madre fue a echarse a los pies de su ama y le reveló aquello que hasta entonces habían ocultado a la anciana condesa, abrumada de años y de pesares, medio paralítica, y más triste y abatida después de la desaparición de su sobrina, refiriere la prisión de Andrés, su condenación y su impía penitencia.

La condesa gimió amargamente al escuchar la relación de Nicolasa; y cuando supo que Andrés rehusaba disponerse para morir como cristiano, pidió su coche, y haciéndose conducir a Carceletas, solicitó ver al reo.

Concedida la licencia, la llevaron en brazos a la capilla, pues su debilidad le impedía marchar sola.

Al ver a Andrés en aquel terrible sitio cargado de cadenas la condesa se echó a su cuello llorando.

—¡Oh, Andrés!... ¡Andrés! —exclamó—. ¡Quién me hubiera dicho que un día había de verte así!

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! Ama, mucho tiempo a que debiste suponerlo. O no, di: ¿no es verdad que me criaste para hacer de mí un malhechor?

—¿Qué estás diciendo, ingrato? ¿No te he criado en mis brazos, a la par con mi hija y mis sobrinos con el mismo mimo y la misma educación?

—¿Hiciste eso siempre ama?

—¡Ah!, hijo, después, cuando ya fuiste un hombre, me vi en la necesidad de separarte de mí, porque la sociedad desprecia a la gente de tu raza; pero sabes bien que fue muy a pesar mío, y solo en tu interés, por evitarte desaires.

—Y ¿por qué hiciste un día lo que no habías de hacer siempre? ¡Tú eras mi ama, yo tu esclavo, es cierto! Pero ¿quién te dio facultad para hacer de mí lo que no era, lo que no podías hacer que sea? Esa estúpida Nicolasa tiene razón: tú debiste dejarme con ella en la *pampa*.

—Cuál habría sido entonces si…

—Estás tan estúpida como Nicolasa. ¿Para qué arrancarme a mi infeliz condición, para qué elevarme hasta ti para después proscribirme? ¿Hallarías tú agradable el lodazal después de haber respirado en las regiones del éter?

—¡Pobre Andrés! Si solo hubiera sido por mí, yo me habría alejado de las gentes de mi rango para guardarte a mi lado… Pero alejemos estos recuerdos inoportunos en esta terrible hora. Andrés, hijo mío, he venido a pedirte que aceptes los auxilios de la santa religión que te he enseñado. ¡Ay!, muy luego te seguiré al sepulcro; pero deja que parta con la esperanza de encontrarte en el cielo.

—¡Qué ganga! ¿Y qué es necesario hacer para eso, ama?

—Arrepentirte de tus crímenes, Andrés, pedir perdón a Dios, implorar misericordia.

—Y ¿en qué forma?

—Confesando tus pecados y recibiendo la absolución de un sacerdote.

—Bien mirado, quien debe oír mi confesión eres tú, ama; porque mis más grandes pecados han sido contra ti. Vamos, escucha mi confesión; y si juzgas que no tuve razón en lo que hice, me arrepentiré de veras a los pies de un confesor.

La buena señora, ofuscada por su pena, lo creyó al pie de la letra, y armándose de valor, se puso a escuchar los delitos de aquel que había criado con los desvelos que se prodigan a un hijo.

El negro se sentó a su lado y tosió con aire de burla.

—¡Atención!, ama, porque comienzo: tú fuiste mi primera pasión.

—¡Andrés!

—¿No dicen los clérigos que es pecado amar? Pues bien yo te amé. Tú misma diste para ello ocasión. Me dejabas ver tu belleza como si yo fuera uno de los pilares de tu cama. ¿Creías ama que porque yo era negro no era hombre? Así, te amé y aborrecía a cuantos a ti se acercaban. Al amo no hay para qué decir que lo detestaba: era tu marido. Él me pagaba en la misma moneda ¿te acuerdas? ¡Ya se ve! Quién no adivina a un rival. Un día crecieron tanto mis celos que fui a buscar al criado de un boticario, y con el oro que tú me dabas le compré un alfiler templado en ácido prúsico. A la mañana siguiente encontraste al amo muerto en la cama…

—¡¡¡Ah!!!

—¿Qué eso ama?

La pobre anciana había caído sin sentido. El negro fue a tomar un vaso de agua y roció con él las sienes a la condesa, que abrió los ojos dando un gemido.

—Ama, muy pronto comienza a flaquear tu valor. Todavía hay mucho que decir.

—¡Monstruo! ¡Y pensar que lo tuve al lado mío!

—Y, lo que es más, enamorado de ti. Pero después comenzaste a envejecer. Se cayeron tus cabellos, tus ojos perdieron su brillo, diste a arrastrar los pies. Mas en cambio, las niñas se volvían cada día más lindas. ¡Qué espléndidas cabelleras! ¡Qué ojos! ¡Qué donaire!...

Amé a las dos: a Manuelita, la rubia; y a Carmen, la bellísima morena.

Carmen de lo alto de su soberbia no había siquiera sospechado de mi amor. Manuelita, más perspicaz

que tú, lo adivinó; y redobló el odio que me tenía y se complacía en exasperarme hablando de su novio, de su amor, y de su próximo enlace.

El negro se interrumpió, y mirando a la condesa como el asesino mira el sitio en el que ha de hundir el puñal.

—Ama —le dijo— ¿te acuerdas del quince de febrero?

—¡Mi hija! —exclamó la condesa con doloroso acento—. ¡Hija mía!... ¡Bárbaro! ¿Quieres hablarme de su espantoso fin?

—¿No es cierto que fue espantoso? ¡Oh!, tengo muy presente ese día: vas a verlo, ama.

—Andrés, ¡por piedad!...

—Es necesario hablar de ello. ¿No te hago mi confesión?

Como estaba diciendo, tengo muy presente ese día.

El sol estaba brillante, el mar sosegado y terso, parecía un espejo inmenso en que se reflejaba el cielo, una brisa húmeda y tibia hacía ondular los velos y los rizos de las hermosas que bajaban al baño.

Ella también. Manuelita estaba allí; alegre y coqueta abrió la puerta de mimbres y salió vestida con su primoroso pantalón azul galoneado con cintas blancas, su sombrerito de paja y sus magníficos cabellos sueltos a la espalda.

Sus ojos buscaron en torno, y divisando a su novio, le envió una mirada tan ardiente y apasionada, que todavía la siento en el corazón; y haciéndole una graciosa seña de adiós, Manuelita se arrojó al agua.

Muy luego todas las miradas se fijaban en los caprichosos giros de una bandada de jóvenes nadadores dirigiéndose al asalto de una canoa que cruzaba el *Aguadulce*.

Una de ellas, más ligera y más diestra, iba ya a tocar la embarcación, y se volvió hacia las otras riendo de sus inútiles esfuerzos.

Mas de repente, palideció, y la sonrisa se heló en su labio…

—¡Hija mía! ¡Le dio un vahído que fue causa de que pereciera!

—¡Un vahído! No, ama, no. ¿Sabes lo que fue? Sintió la pobrecilla dos manos crispadas y furiosas que surgiendo bajo de ella apresaron sus pies como dos tenazas de hierro y la arrastraron al fondo del agua.

—¡Oh! ¡Calla!... ¡calla!

—Entonces de trece lindas cabezas que los espectadores veían revolotear en las ondas; solo contaron doce. El número fatal había desaparecido.

—¡Hija mía! ¡Manuelita! ¡Manuelita! —gritó la condesa.

—Así, ama, así exclamaron mil voces en la playa; y al mismo tiempo se arrojaron al mar todos los nadadores que se hallaban presentes.

Pero de repente, como para responder al nombre que invocaban, se vio aparecer sobre la cima de una ola el

cadáver de una joven desnuda y velada solo por sus largos cabellos.

La condesa, con la respiración anhelante, los ojos demasiadamente abiertos y la mirada fija escuchó hasta la última palabra de la espantosa revelación. Luego, exhalando un hondo gemido, rodó al suelo sin conocimiento.

El negro la levantó, y haciéndola sentar de nuevo, llamó.

Se presentó el cabo de guardia.

—Es necesario llevar de aquí a esta pobre señora —le dijo mostrándole a la condesa—. Se ha desmayado al despedirse de mí.

Y luego añadió a media voz:

—¡Qué lástima! ¡No ha podido oír la historia de su sobrina!

Algunas horas después, el negro moría en la plaza de Santa Ana ante una inmensa multitud, ¡riendo impíamente de sus crímenes, de la muerte y de Dios!

## XV

## EL ENCUENTRO

Un día, no ha mucho tiempo, el claustro de uno de nuestros monasterios presentaba un espectáculo singular.

Innumerables corrillos de monjas y seglares discutían a media voz, comentando hasta lo infinito un incidente de picante actualidad.

Era el caso que una monja moribunda pedía para hacer su confesión a un santo misionero recién llegado de Palestina y precedido por la fama de eminentes virtudes. El Santo Padre le había hecho altas concesiones que él aplicaba a las dolencias de las almas con todo el celo de una ardiente caridad. Lima lo veneraba; y la Italia, la España y la Francia se disputaban su cuna; mas para el padre José la patria era todo paraje donde había desgraciados que consolar; y en su pálido, pero bello semblante, estaban retratadas con rasgos sublimes la piedad y la indulgencia.

Pero no era solamente la próxima llegada del misionero y el deseo de contemplar su venerable semblante lo que tenía en tan inquieta expectativa a la reclusa grey.

Las noveleras esposas del Señor tenían aún otro motivo para arder en cuchicheos.

La religiosa que iba a morir era un misterio con toca. Nadie vio nunca su rostro, ni supo de dónde venía ni quién era.

Una mañana, hacía eso muchos años; amaneció en el convento bajo el velo de profesa. Esto era lo único que se sabía; y la ardiente curiosidad de las desocupadas habitantes de aquel recinto, se estrelló siempre en el silencio obstinado de dos personas: la abadesa y la tornera. Muertas las dos, el misterio quedó en pie.

Otro enigma. Esta mujer que exageraba las austeridades del claustro, jamás se acercó al confesionario, nunca a la mesa del altar.

Figúrese pues quien pueda el hormigueo de chismes que todo esto haría nacer. Así, cuando llegó el

misionero, y que, atravesando el claustro, entró en la celda de la enferma, habrían dado a lo menos la cuarta parte del cielo por estar en su lugar.

El hombre de Dios se acercó a la moribunda y quedó solo con ella.

—Padre mío —dijo la religiosa, alzando el velo que hasta entonces ocultaba su rostro— ve aquí una mujer cargada de crímenes…

—Hija mía —la interrumpió el misionero, mostrándole un crucifijo—, he aquí un Dios todo clemencia y misericordia. Ten confianza en su bondad infinita. Él, que perdonó a Magdalena, guarda también para ti los mismos tesoros de indulgencia.

—¡Oh!, padre mío, ella amó y yo no he amado nunca, porque he vivido poseída por el orgullo, ese implacable demonio que tomando la forma de los más nobles sentimientos los emponzoñó en mi corazón, ¡convirtiéndolos primero en egoísmo y después en crimen!

Y la moribunda reveló al misionero los profundos arcanos de su alma.

El santo religioso, con los brazos cruzados sobre el pecho y el pálido rostro oculto bajo los pliegues de su capulla, escuchó inmóvil y mudo aquella confidencia.

—He aquí, padre mío, la historia de mi vida —dijo la monja al finalizar su larga confesión—. ¿Cree que esta horrible cadena de crímenes puede alcanzar perdón?

—La misericordia de Dios es inmensa, hija mía, dudar de ella es dudar de su grandeza.

—¡Padre! —repuso la moribunda con voz apagada—, un pensamiento terreno pesa todavía sobre mi corazón y turba mis últimos momentos. ¡Mi hermano! Éramos huérfanos, crecimos como dos avecillas en un nido solitario. Debíamos amarnos, y él me amaba; pero yo despedacé su corazón, agotándolo para su dicha en la primavera de su vida. ¿Qué fue de él? Lo ignoro. Vaga quizá en este mundo, solitario y desdichado.

—¡Dios ha tenido piedad de él y le ha abierto sus brazos! ¡Carmen! —añadió el misionero, echando hacia atrás la capulla que cubría su rostro—, muere en paz, hermana mía: ¡tu hermano también te perdona!

—¡Gabriel! —articuló la voz extinguida de la moribunda. El misionero levantó los ojos al cielo y pronunció las palabras de la absolución.

Luego, y después de haber contemplado algunos instantes el rostro inmóvil de la monja, tendió la mano sobre sus apagados ojos y los cerró para siempre; colocó sobre su pecho el crucifijo, enjugó una lágrima, última gota de las tempestades del mundo, y recitó las solemnes palabras del *De profundis*.

Lima, 1862

“La condesa, con la respiración anhelante, los ojos demasiadamente abiertos y la mirada fija escuchó hasta la última palabra de la espantosa revelación. Luego, exhalando un hondo gemido, rodó al suelo sin conocimiento...

Colección
Lima Lee

